

duras, penachos, carrozas, dotaciones, mayorazgos, casas y castillos. Fouché morirá con quince millones.»

Los tan difamados privilegios del antiguo régimen, se hallaron restablecidos de este modo en provecho de la burguesía. Para llegar á este resultado había sido preciso arruinar la Francia, incendiar provincias enteras, multiplicar los suplicios, sumir á numerosas familias en la desesperación, agitar la Europa y hacer perecer á los hombres por centenares de miles sobre los campos de batalla.

Al terminar este capítulo, consagrado á la psicología de diversos personajes de la Revolución, recordaremos lo que dijimos de los juicios posibles sobre los hombres de este período.

Si el moralista está obligado á mostrarse sereno con respecto á ciertas individualidades, porque las juzga según los tipos que una sociedad debe respetar para mantenerse, el psicólogo no está obligado al mismo rigor. Su fin es comprender, y ante una comprensión completa, la crítica se esfuma. El alma humana es un muy frágil mecanismo, y los muñecos que se mueven en el teatro de la historia, pocas veces saben resistir á las fuerzas poderosas que les impulsan. La herencia, el medio, las circunstancias, son dueños imperiosos. Nadie puede decir cuál hubiera sido su conducta en el lugar de los hombres cuyas acciones trata de interpretar.

## LIBRO TERCERO

LA LUCHA ENTRE LAS INFLUENCIAS ANCESTRALES  
Y LOS PRINCIPIOS REVOLUCIONARIOS

### CAPÍTULO PRIMERO

**Las últimas convulsiones de la anarquía.—El Directorio.**

#### § 1.—PSICOLOGÍA DEL DIRECTORIO.

Las diversas Asambleas revolucionarias, en parte, habían estado compuestas por los mismos hombres; por tanto, puede creerse que su psicología debiera tener grandes parecidos.

En las épocas ordinarias, así es en efecto: la constancia del medio, determina la de los caracteres. Pero cuando las circunstancias cambian rápidamente, como bajo la Revolución, los caracteres deben transformarse para adaptarse. Tal es precisamente el caso del Directorio.

Esta última forma de gobierno se componía de Asambleas distintas: dos numerosas, las de las diversas categorías de diputados, y una más restringida, la de los cinco miembros que formaban el Directorio.

Las Asambleas de diputados recuerdan por su

debilidad á la Convención. No hacen más que obedecer á las convulsiones populares, refrenadas con energía por los miembros del Directorio; mas ceden sin discusión las órdenes dictatoriales de estos últimos.

Los primeros diputados elegidos eran generalmente moderados. Todo el mundo se mostraba harto de la tiranía jacobina. La nueva Asamblea soñaba con reedificar las ruinas en que yacía Francia y en establecer un régimen de gobierno liberal sin violencia.

Pero por una fatalidad, que fué una ley de la Revolución, y que muestra de qué modo el desarrollo de los acontecimientos es á las veces superior á la voluntad de los hombres, se puede decir que los diputados, aun contra sus buenas intenciones, hicieron siempre, como sus predecesores, lo contrario de lo que querían hacer. Ambicionaban ser moderados, y se producían violentamente; deseaban eliminar la influencia de los jacobinos, y se dejaban conducir por ellos; soñaban con levantar las ruinas, y no lograban más que acumular otras nuevas; aspiraban á la paz religiosa, y terminaron por perseguir y martirizar á los sacerdotes con más rigor y ensañamiento que durante el Terror.

La psicología de la pequeña Asamblea formada por los cinco miembros del Directorio, fué muy diferente de la de las Asambleas de diputados. Agobiados por las dificultades de cada día, los miembros del Directorio, se veían compelidos á resolverlas, mientras que las grandes Asambleas, sin contacto alguno con la realidad, no tenían más que aspiraciones.

La manera de pensar de los miembros del Directorio era bien sencilla. En absoluto indiferentes á

los principios, querían ante todo quedar como amos. Con tal de llegar, poco les importaba tener que recurrir á las medidas más ilegales y violentas; hasta anulaban las elecciones de un gran número de departamentos, cuando el resultado no les convenía.

Se sentían incapaces de reorganizar la Francia, y la abandonaban á ella misma. Por el despotismo podrían llegar á dominarla, pero no la gobernarían jamás. Y lo que más falta le hacía al país en el momento de referencia, era ser gobernado.

La Convención ha quedado en la historia reputada como un gobierno fuerte, y el Directorio como un gobierno débil. Y lo contrario es lo exacto. Es precisamente el Directorio el que fué un gobierno fuerte.

Se explicará psicológicamente esta diferencia entre el gobierno del Directorio y las Asambleas precedentes, haciendo observar que una reunión de 600 ó 700 personas puede muy bien tener explosiones de entusiasmo contagiosas, como en la noche del 4 de Agosto, ó también accesos de voluntad enérgica, como el de lanzar un reto á todos los reyes. Pero tales impulsos son poco durables para poseer alguna fuerza. Un Comité de cinco miembros, fácilmente dominado por la voluntad de uno solo, es mucho más susceptible de resoluciones continuas, esto es, de perseverar en una línea regular de conducta.

El gobierno del Directorio se muestra siempre incapaz de gobernar, pero de férrea voluntad jamás carece. Nada le contiene: ni el respeto á la legalidad, ni los miramientos para con los ciudadanos, ni el amor hacia el interés público; él pudo hacer pesar sobre Francia un despotismo, que desde el

comienzo de la Revolución, ningún gobierno—aun incluido el del Terror—había hecho tan humillante.

Bien que utilizando métodos análogos á los de la Convención y dirigiendo la nación de la manera más tiránica que imaginarse puede, no obstante, ni el Directorio ni la Convención pudieron llegar á ser los amos.

Este hecho, ya señalado anteriormente, prueba una vez más la impotencia de las presiones materiales para dominar las fuerzas morales. Por eso puede volver á decirse que la verdadera guía del hombre es su armadura moral, construída por sus ascendientes.

Habitados á vivir en una sociedad organizada, apoyada en sus códigos y tradiciones respectivas, difícilmente podemos representarnos el estado de una nación privada de tales sostenes. Muchas veces no vemos más que la parte incómoda ó molesta de ellos, olvidando fácilmente que una sociedad no sería posible, si no existieran ciertas trabas, y que la presión de las leyes, hábitos y costumbres, constituye un freno á los instintos naturales de barbarie, que jamás desaparecen del todo.

La historia de la Convención y del Directorio, muestra claramente á qué grado de desorden puede llegar una nación, privada de su antigua base, y no teniendo por guía más que las artificiales combinaciones de una razón demasiado roma.

## § 2.—GOBIERNO DESPÓTICO DEL DIRECTORIO.—RENA- CIMIENTO DEL TERROR.

Con el fin de desviar la atención, de entretener el ejército y de crear ingresos, por medio del pillaje

en los pueblos vecinos, los miembros del Directorio decidieron proseguir las guerras de conquistas que habían dado buen resultado á la Convención. Estas continuaron durante todo su reinado. Los ejércitos, sobre todo en Italia, consiguieron espléndido botín.

Algunas de las poblaciones invadidas mostraron gran simpleza al suponer que las invasiones se hacían en aras de su interés, mas no tardaron mucho tiempo en advertir que todas las operaciones militares eran acompañadas de contribuciones y gabelas aplastantes, de pillajes en las iglesias, en las cajas públicas...

La consecuencia final de esta política de conquista fué la formación de una nueva coalición contra Francia, que se prolongó hasta 1805.

Indiferentes al estado del país é incapaces de reorganizarlo, los miembros del Directorio se preocupaban ante todo de luchar contra las conspiraciones—renovadas sin cesar,—con el fin de conservar el poder.

Esta tarea bastaba á ocupar á los legisladores, porque los partidos políticos no se desarmaban. La anarquía había llegado á grado tal, que todas las bocas se confundían en un grito, que reclamaba la aparición de una mano suficientemente poderosa para restablecer el orden. Era común sentir—incluso entre los miembros del Directorio—que el régimen republicano no podía durar.

Unos soñaban con el restablecimiento del poder real, otros con el régimen terrorista, otros pensaban en el advenimiento de un general. Tan sólo quienes adquirían bienes nacionales temían un cambio en aquel estado de cosas.

La impopularidad del Directorio aumentaba de

día en día, y cuando en Mayo de 1797 llegó la renovación del tercio de la Asamblea, la mayoría de los elegidos resultaron ser hostiles al régimen.

Los miembros del Directorio no sintieron embaraço ante obstáculo de tan escasa monta. Anularon las elecciones de cuarenta y nueve departamentos. Ciento cincuenta y cuatro de los nuevos diputados fueron inhabilitados y expulsados; cincuenta y tres condenados á deportación. Entre estos últimos figuraban los nombres más ilustres de la Revolución: Portalis, Carnot, Tronson del Coudray, etc.

Para intimidar á los electores, los comisionados militares condenaron á muerte, un poco al azar, ciento sesenta individuos y desterraron á la Guayana trescientos treinta, de los que la mitad murieron rápidamente. Los emigrados y los sacerdotes residentes en Francia se vieron violentamente expulsados. A esto se le llamó el golpe de Estado de Fructidor.

Este golpe de Estado lesionó especialmente á los moderados. Los miembros del Directorio hallaron demasiado crecido el número de diputados jacobinos, y poco después de las nuevas votaciones anularon las elecciones de unos sesenta entre ellos.

Cuanto antecede muestra el temperamento tiránico de los miembros del Directorio, pero aún aparece más diáfano al detallar sus medidas. Los nuevos señores se revelaron tan sanguinarios como los más feroces convencionales del Terror. La guillotina no estaba establecida permanentemente, pero tenía como sustitutivo la deportación en condiciones tales, que dejaba á las víctimas escasa esperanza de sobrevivir. Enviados á Rochefort en cajas de hierro enrejadas, expuestos á la intemperie, eran luego bárbaramente hacinados en los barcos.

«En el entrepuente de la *Décade* y de la *Bayonnaire*—dice Taine—los desgraciados enjaulados, sofocados por la falta de aire y por el calor tórrido, maltratados, vejados, morían de hambre ó de asfixia, siendo la Guayana la que luego se encargaba de rematar la obra mortífera de la travesía: de 193 transportados por la *Décade* quedaban 39 en un lapso de veintidós meses; de 120 transportados por la *Bayonnaire* quedó uno.»

Por doquiera se advertía un renacimiento católico; imaginábanse que el clero conspiraba contra ellos; los miembros del Directorio hicieron deportar ó enviar á presidio en un sólo año 1.448 sacerdotes, dejando fuera de esta cifra un gran número que fueron fusilados sumárisimamente. En realidad, el Terror se hallaba completamente restablecido.

El despotismo autocrático del Directorio se ejercía por igual en todas las ramas de la Administración, y muy especialmente en la esfera financiera. Así, habiendo necesidad de seiscientos millones, el Directorio hizo que los diputados—siempre dóciles—votasen un impuesto progresivo, del que tan sólo se obtuvieron doce millones. Y queriendo reincidir un poco más tarde, se decretó un empréstito forzoso de cien millones, que dió por resultado la clausura de los talleres y fábricas, la paralización de los negocios y otras alteraciones de importancia, y únicamente al precio de la ruina completa pudieron ser obtenidos cuarenta millones.

Para asegurar la dominación en provincias, el Directorio hizo votar una ley llamada de rehenes, después de la que se formó una lista de personas responsables de cuantos delitos se cometieran en cada municipalidad.

Puede comprenderse qué rencores provocaría un régimen de tal fuste. Á fines de 1799, 14 departamentos se hallaban sublevados, y 46 próximos á

la revuelta. De durar el Directorio, la disolución de la sociedad hubiera sido inminente y completa.

Esta disolución avanzaba por todas partes. Finanzas, administración, todo se derrumbaba. Los bonos del Tesoro emitidos para los asignados habían caído á la centésima parte de su valor nominal; se encontraban casi anulados. Los rentistas y los empleados públicos no podían hacer efectivos sus cobros.

Á la sazón, Francia ofrecía á los viajeros la impresión de una comarca devastada por la guerra y abandonada de sus habitantes. Puentes, diques y edificios derrumbados, hacían imposible todo tránsito y circulación. Las carreteras, desiertas de largo tiempo, se hallaban erizadas de bandoleros. No se podían atravesar determinados departamentos si no era comprando salvoconductos á los jefes de la banda. La industria y el comercio yacían en prostración letal. En Lyon eran 13.000 los talleres y fábricas que habíanse visto compelidos á forzosa clausura. Lille, El Havre, Burdeos, Lyon, Marsella, semejaban ciudades muertas. La miseria y el hambre se mostraban con caracteres generales.

La desorganización moral no parecía disminuir. El lujo, la sed de placeres, los banquetes, las joyas, los mobiliarios, formaban el cortejo de una sociedad nueva, compuesta únicamente de agiotistas, de fabricantes de armas, de financieros torpemente enriquecidos en el pillaje. Ellos dieron á Paris ese aspecto superficial de lujo y de alegría que parece ilusionar á tantos historiadores que narran esta época: una fastuosidad insolente contrastando con una miseria general.

La crónica del Directorio, tal como la refieren los libros, contribuye á poner de manifiesto las inexac-

titudes con las que se teje la trama de la historia. El teatro se ha apoderado de esta época; sus modas son imitadas todavía. Ha dejado el recuerdo de un período alegre, como un renacimiento después del sombrío drama del Terror. En realidad, por tanto, el régimen del Directorio no valía para más que el del Terror, y fué tan sanguinario como éste. Terminó por inspirar y alentar tal cúmulo de odios, que los miembros del Directorio se percataban de la imposibilidad de seguir gobernando, y por ellos mismos era buscado el dictador capaz de reemplazarles y protegerles.

### § 3.—EL ADVENIMIENTO DE BONAPARTE.

Terminamos de ver que á fines del Directorio la anarquía y la desorganización eran tales, que todo el mundo reclamaba desesperadamente al hombre enérgico, capaz de restablecer el orden. Desde 1795, varios diputados habían abrigado—siquiera fuera un instante—la idea de restablecer el poder real. Luis XVIII había tenido la mala ventura de proponer que restauraría íntegramente el nuevo régimen, devolviendo las propiedades á sus primitivos dueños y castigando á los hombres de la Revolución que no abjurasen de su credo inmediatamente. La expedición insensata de Quiberon, acabó de distanciar al futuro soberano de sus partidarios. Los realistas dieron pruebas, mientras duró la Revolución, de una incapacidad y de una estrechez de espíritu que justificaban la mayor parte de las medidas de rigor tomadas contra ellos.

Imposibilitada la monarquía, precisaba buscar un general. Uno sólo existía, cuyo nombre se imponía

al solo pronunciarlo: Bonaparte. La campaña de Italia habíalo hecho ilustre. Tras la travesía de los Alpes marchaba de victoria en victoria; penetró en Milán y en Venecia, y obtuvo por todas partes cuantiosos subsidios de guerra. Ya se dirigía sobre Viena, encontrándose de la mencionada capital á sólo 25 leguas, cuando el emperador de Austria se decidió por pedir la paz.

Pero aun siendo muy grande su renombre, el joven general no lo juzgaba suficiente. Para acrecentarlo, persuadió al Directorio de que se haría tambalear el poderío de Inglaterra con la invasión del Egipto, y en Mayo de 1798 se embarcaba en Tolón.

Este deseo de aumentar su prestigio partía de una concepción psicológica muy segura, perfectamente explicada por el mismo Napoleón en Santa Elena:

«Los generales más influyentes y de talento más esclarecido, solicitan desde hace tiempo al general de Italia para que haga un movimiento y se coloque á la cabeza de la República; él rechaza: no se encuentra suficientemente fuerte para marchar solo. Tiene acerca del arte de gobernar y sobre lo que precisa á una gran nación, ideas bien diferentes á las de los hombres de la Revolución y á las de las Asambleas, y no pudiendo obrar por sí, rehuye comprometer su carácter. Se determina á partir para Egipto, mas resuelto á reaparecer si las circunstancias vienen á hacer su presencia necesaria ó útil.»

Bonaparte no permaneció largo tiempo en Egipto. Llamado por sus amigos, desembarcó en Frejus, y el anuncio de su retorno provocó un entusiasmo universal. Por doquiera se hizo la luz. Francia colaboraba de antemano al golpe de Estado preparado por él con Sieyès, dos miembros del Directorio y los principales ministros. El complot fué organizado en tres semanas. Su ejecución, el 18 Brumario, se cumplió con una extremada facilidad.

Todos los partidos experimentaron una alegría inmensa al ser librados de las bandas siniestras que oprimían y explotaban al país desde larga fecha. Los franceses, sin duda alguna, iban á hallarse sometidos á un régimen despótico; pero desde luego no sería tan intolerable como el que habían soportado durante tantos años.

La historia del golpe de Estado de Brumario, justifica bien á las claras lo que ya hemos repetido referente á la imposibilidad de emitir juicios exactos sobre los acontecimientos más conocidos en apariencia y contrastados con las aseveraciones de los más de los testigos.

Se sabe cuáles eran, hace treinta años, las ideas acerca del golpe de Estado de Brumario; se le juzgaba como un crimen cometido por la ambición de un hombre apoyado en su ejército.

En efecto, el ejército no representó ningún papel. El pequeño pelotón que expulsó los escasos diputados recalcitrantes, no estaba compuesto por militares, sino por gendarmes de la Asamblea.

El verdadero autor del golpe de Estado fué el gobierno por sí mismo, con la complicidad de Francia entera.

#### § 4.—CAUSAS QUE HICIERON DURAR LA REVOLUCIÓN.

Si se limita la Revolución al tiempo necesario para la conquista de sus principales fundamentos: igualdad ante la ley, soberanía popular, intervención en los gastos, etc., se podría decir que solamente duró algunos meses. Hacia la mitad de 1789 todo eso estaba obtenido, y durante los años que

siguieron nada fué agregado. Sin embargo, la Revolución continuó mucho más tiempo.

Restringiendo su duración á los datos admitidos por los historiadores oficiales, la vemos persistir hasta el advenimiento de Bonaparte, ó sea diez años próximamente.

¿Por qué á este período de desorganización y de violencias sigue el establecimiento de los nuevos principios? No hay que buscar la causa en la guerra exterior, la que por varias veces, merced á las excisiones de los aliados y á nuestras victorias, pudo ser rápidamente terminada. Tampoco hay que buscarla en la simpatía que los franceses profesaban al Gobierno revolucionario. Jamás existió régimen más odiado y menospreciado que el de las Asambleas.

Con sus revueltas y con las votaciones repetidas, una gran parte de la nación muestra el horror profundo que la tal forma de Gobierno le inspiraba.

Este último punto, la aversión de Francia por el régimen revolucionario, desconocido durante algún tiempo, ha sido bien puesto de relieve por los historiadores modernos. El autor del último libro publicado sobre la Revolución, M. Madelin, ha resumido perfectamente su opinión en estos términos:

«Desde 1793 una parte poco numerosa se enseñorea de Francia, de la Revolución y de la República. Ahora bien, las tres cuartas partes de Francia aspiran á que termine la Revolución, ó mejor aún, á librarse de sus odiosos explotadores; pero éstos sujetan al desdichado país por los medios... Como necesitan el Terror para reinar, castigan á quien en un momento dado quiere oponerse á él, y por eso ellos mismos son los mejores servidores de la Revolución.»

Hasta el final del Directorio el Gobierno fué ejercido por los jacobinos, deseosos solamente de con-

servar, con el poder, las riquezas acumuladas, gracias á los asesinatos y á los pillajes, y puestos á la entrega de Francia á quien les garantizase la libre posesión. Si ellos prepararon el golpe de Estado de Brumario con Napoleón, fué únicamente porque no habían podido obtener la realización de sus deseos con Luis XVIII.

¿Pero cómo explicar que un Gobierno tan tiránico y tan odiado pudiera subsistir durante varios años?

No fué solamente porque la religión revolucionaria subsistiera aún en las almas, ni que se impusiera por medio de persecuciones y de violencias, sino que, sobre todo,—como ya ha quedado dicho—la causa era el gran interés que una parte importante de la población tenía en mantenerlo.

Este punto es fundamental. Si la Revolución hubiera permanecido como religión teórica, hubiera, probablemente, durado poco. Pero la creencia que acababa de ser fundada, pronto salió del dominio de la teoría pura.

La Revolución no se limitó, en efecto, á despojar á la monarquía, á la nobleza y al clero de su poder gubernamental. Haciendo pasar á manos de la burguesía y á numerosos campesinos los empleos y las riquezas de las antiguas clases privilegiadas, quedaron de un golpe transformados en defensores obstinados del régimen. Todos los adquirentes de aquellos bienes que habían sido arrebatados á la nobleza y al clero, habían obtenido tierras y palacios á ínfimo precio y sentían grandemente que la vuelta de la monarquía les obligase á una restitución general.

Es en gran parte por estas razones, por las que un Gobierno que en época normal no hubiera ja-

más sido soportado, pudiera durar hasta que su amo restableciese el orden prometiendo mantener las conquistas, no solamente en el orden moral, sino, sobre todo, las de índole material de la Revolución. Bonaparte, ejecutor de estos deseos, fué acogido con entusiasmo.

Las conquistas materiales y los principios teóricos todavía frágiles, fueron incorporados por él á las instituciones y códigos. Es un error decir que la Revolución se termina con su advenimiento: lejos de destruirla, la consolida.

## CAPÍTULO II

### El restablecimiento del orden.—La república consular.

#### § 1.—DE CÓMO LA OBRA DE LA REVOLUCIÓN FUÉ CONSOLIDADA POR EL CONSULADO.

La historia del Consulado es igualmente rica en materiales psicológicos. Muestra en primer término cómo la obra de una individualidad fuerte es superior á la de las colectividades. Á la anarquía sangrienta en la que se debatía la República desde hacía diez años, Bonaparte hizo inmediatamente que sucediera el orden. Lo que ninguna de las cuatro asambleas de la Revolución había podido realizar, aun con las más violentas opresiones, en breve lapso de tiempo lo cumplía un solo hombre.

Su autoridad puso inmediatamente fin á todas las insurrecciones parisinas, á las tentativas de restauración monárquica y rehizo la unidad moral de Francia, profundamente dividida por odios intensos. Bonaparte reemplazó el despotismo colectivo inorganizado por un despotismo individual, perfectamente organizado. Todo el mundo ganó, porque su tiranía fué infinitamente menos pesada que la soportada desde hacía diez años. Es preciso, además, creer que molestaba á poca gente, puesto que fué aceptada con inmenso entusiasmo.

No será preciso hoy repetir con los antiguos his-